

2

SIN MIEDO, ¡A LA CANCHA!

*“Las causas están ocultas.  
Los efectos son visibles para todos”.*  
Ovidio (43 AC-17 DC) Poeta latino.

Era sábado a la tarde. Mi primo Santiago, y yo nos dirigíamos al Estadio Centenario. Ya en las calles, veíamos las banderas del Club Nacional de Fútbol flameando, grupos interminables de personas dirigiéndose hacia el mismo lugar que nosotros.

El partido era contra el Club A. Peñarol, y esto le daba un condimento especial, pero también un riesgo diferente.

Mientras caminábamos, le manifesté a mi primo acerca de eso.

- ¿Qué pensás vos? ¿Habrá mucho lío después del partido?

Él se rió.

- Fede, no te lo puedo decir, vos sabes que lamentablemente tenemos que estar con los ojos bien abiertos. Pero vos disfruta de esto, que es una fiesta.

Mi primo tenía razón. Muy claro estaba en mi mente que había que lidiar con los riesgos. Me convencí de que disfrutaría del espectáculo.

- Es verdad, además no traemos nada que nos identifica con Nacional que pueda incitar a la violencia -dije.

- Estoy de acuerdo, no creo ser capaz de venir vestido con algo de Nacional y más cuando se trata de un clásico. Quienes vienen con la camiseta del “bolso” deben ser muy valientes.

Me quedé pensando en el comentario unos segundos.

- Muchos de los que vienen identificados con una hinchada son los que abren la puerta y permiten que la violencia se abra paso.

Cuando llegamos al Estadio, la cola para sacar la entrada era muy larga.

Más adelante, cuatro personas estaban a los empujones para defender su lugar.

Con los boletos en la mano, fuimos hacia la entrada de la Tribuna Olímpica.

Me llamó la atención dos personas que volvían enojadas porque no habían podido pasar.

- La seguridad sí que está actuando de manera correcta.

En efecto, así era. Dos agentes uniformados estaban dedicados a la revisión de algunas personas.

Entramos sin problemas y nos ubicamos en la Tribuna.

Lo primero que noté fue la lucha de cánticos entre las dos hinchadas. Una de ellas, teñida de rojo, azul y blanco, y del otro lado, de amarillo y negro. Rebosantes de público las dos. "Esto puede terminar muy mal", pensé.

- A esto me refería con fiesta. -Una sonrisa se dibujó en el rostro de mi primo.

Esta vez fui yo quien sonrió.

- Viéndolo desde acá es una fiesta, pero te quiero ver saltando con todos allá en la Colombes.

Santiago clavó la mirada en mí.

- Me parece que estás dramatizando un poco. Si estás ahí no te pasa nada, lo único que tenés que tener en cuenta es no meterte en líos o discusiones, y ya está.

Yo no creía que fuera tan así.

En ese momento Nacional entró a la cancha, lluvia tricolor empapó el Centenario. Todos empezamos a gritar. No era un grito de furia, ni de dolor, sino que era un grito de aliento.

A medida que pasaba el tiempo, me fui relajando cada vez más.

“Tenía razón Santi, esto hay que disfrutarlo a pleno”.

Lamentablemente, la paz duró hasta los 65' minutos.

Nacional ganaba 2-0 y el clima estaba muy caliente. Los jugadores iban a cada pelota con pierna fuerte y no precisamente con la intención de quedarse con el balón. En una falta dudosa cerca del área, un jugador de Peñarol fue a recriminarle algo a un jugador rival. Éste, que estaba en el suelo, se levantó y lo golpeó en el rostro. El jugador cayó desplomado y sus compañeros arrebataron contra los jugadores de Nacional, que a su vez respondieron.

Santi y yo no podíamos creer lo que estaba ocurriendo.

- Fede, ¿lo ves? Los líos ocurren dentro de la cancha, no fuera -me dijo con tono irónico.

Por suerte el juez y la policía pudieron detener a los enfurecidos jugadores, y con unas cuantas tarjetas rojas el árbitro pareció poner las cosas de nuevo en su lugar.

Pero lo único que logró fue que la hinchada se enojara, y el clima caldeado dentro de la cancha se trasladó a la tribuna. A solo unos metros de donde estábamos, algunos hinchas empezaron a insultar al juez y a los rivales.

Sin saber por qué, vi que uno de los hombres que estaba insultando caía al suelo. La nariz le sangraba. Su compañero, que estaba sentado delante de él, arremetió contra el agresor, y más personas se unieron.

- Menos mal que la violencia estaba presente solo dentro de la cancha - expresé.

Mi primo no respondió. La retina de sus ojos solo era capaz de captar la vergonzosa pelea.

Cada golpe se propinaba con más fuerza que el anterior, y muchos retrocedieron, no sea cosa que se llevaran una sorpresa.

Los que estaban más cerca de la salida, comenzaron a irse y nosotros decidimos seguirlos.

Lo que nos encontramos afuera era aún peor. La gente tirada en el suelo

golpeándose como almas poseídas por el diablo. No solo eran adultos, sino que también adolescentes estaban a las corridas.

- Pensar que tienen nuestra misma edad -razoné. Definitivamente las drogas te trastornan, el pensamiento racional desaparece y lo reemplaza una sensación de ansiedad y odio hacia todo el que se cruce.

- Y entonces es cuando la violencia se hace inevitable.

Los dos estábamos completando la misma idea. Alineando las piezas del rompecabezas.

Segundos después, un hombre se nos cruzó. Estaba con la cara destruida. La boca y la nariz le sangraban bastante. “¿Qué necesidad?”, pensé yo.

En ese mismo instante, sentí unas corridas detrás de mí. Me di media vuelta, y vi que se dirigían directo a nosotros.

- ¡Corre! -le grité a mi primo.

Fue la primera vez en toda la tarde que sentí miedo de verdad.

- ¡Pueden correr pero no esconderse, ya lo verán! -gritó una voz masculina.

Corrimos aproximadamente una cuadra, y cuando creí que no iba a poder seguir, vi con ojos maravillados como los caballos de la policía se nos cruzaban.

Sentí balazos a mis espaldas, “Esto se esta poniendo cada vez peor”.

“¿Y si una bala impacta en alguien? ¿Acaso estas personas no se dan cuenta del daño que están produciendo? Sentí que todo sucedía en cámara lenta. Miré detrás de mí y pude ver las caras de los agresores, teñidas de rojo por la ira, lanzando piedras a los policías. Afortunadamente, no volví a escuchar disparos.

Mi primo se acercó:

- Tenías razón, no hicimos bien en venir. No nos pasó nada, pero tuvimos suerte.

Sin quedarnos a esperar el desenlace final, nos dirigimos a mi auto. Una vez adentro, estábamos a salvo.

- Esta gente necesita ayuda psicológica -le dije a Santiago.

El asintió.

- Sin duda tienen la mente totalmente nublada.

Yo ya no aguantaba más.

- Pero, ¿por qué? Se supone que el deporte es para disfrutarlo. No es algo por lo que una persona tenga que arrebatarse la vida a otra. Hay muchos que tienen una familia que cuidar, y otros jóvenes que tienen mucho por vivir. En su momento dejamos que la cometa se nos escape, y ahora es tarde para alcanzarla.

- Sin mencionar que hoy podríamos haber sido nosotros las víctimas -las palabras de Santiago eran totalmente ciertas.

Ese día, casi nos llevamos el papel protagónico de la obra que tuvo lugar en el Estadio Centenario, y eso que sin solicitar una audición.

FEDERICO CORREA POSE

C.I.: 4.730.043-1

Fecha Nac.: 04/09/92

Dirección: Máximo Tajés 7589

Teléfono.: 601 07 23

Liceo: Harwood School

Correo electrónico: fedecorrea@adinet.com.uy